

Otto y Fritz en Arequipa

MARIO ZOLEZZI CH.¹

Durante mi época escolar en Arequipa pasé por dos colegios: La Salle y el Max Uhle. El colegio religioso de mis primeros años era una acreditada institución educativa de larga trayectoria, conocida en diversas ciudades del país, con colegios en el Cusco, Lima y Arequipa. El otro no. En el mejor de los casos, se trataba de un colegio que tenía uno de esos nombres extranjeros que aprendemos en la escuela y que «suenan conocido», pero que pocos recuerdan. En este caso, era el nombre de un estudioso alemán cuyo gran mérito consiste en su reconocimiento de la existencia de la historia del Perú Antiguo, la que antes de él se reducía a un brillante preludio incaico para la conquista española, precedida de mezcolanzas y misteriosos imperios megalíticos.

Así, cuando mis padres nos trasladaron a mis hermanos y a mí al «colegio alemán», descubrí de pronto que era un colegio casi clandestino. Prácticamente nadie de mi entorno familiar y de mis amistades sabía que existiera el tal colegio Max Uhle, en el que se aprendía alemán y se estudiaba en alemán.² Peor aún: era muy difícil ubicarlo pues funcionaba en una casa adaptada en la que, si mal no recuerdo, al comienzo vivía la familia del director en el segundo piso. Esto constituía toda una afrenta en realidad, si se comparaba a este pequeño colegio con las grandes unidades escolares, el histórico colegio Independencia Americana fundado por el libertador Simón Bolívar, o los colegios religiosos de la ciudad, todos ellos con edificios con personalidad propia, canchas de fútbol y cientos de alumnos.

Más aún, en Arequipa a finales de la década del cincuenta, y supongo que en muchas partes del mundo, un colegio alemán era rápidamente asociado con los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial: «¡Seguramente era un colegio de los nazis!», de aquellos alemanes que habían seguido a Hitler. Claro que no era así. Al contrario, contaba con un patronato de distinguidas personalidades que incluía a los cónsules de Suiza y Alemania (el último llegó a ser alcalde de la ciudad por elección popular), pero ¿cómo le explicabas, por ejemplo, al heladero instalado en la esquina del colegio que no éramos nazis? O a los amigos del barrio que tenían 11 años como tú y veían la serie de televisión *Combate*, en la que un puñado de soldados estadounidenses (el teniente Haley, el sargento Saunders y otros más) acababa cada semana con medio ejército de torpes y malvados germanos para infortunio nuestro.

Por entonces el colegio funcionaba en la segunda cuadra de la Quinta Romaña, un barrio muy particular, porque siendo una urbanización de sectores más bien acomodados de la ciudad, se hallaba casi incrustado en lo que era «la parada» de camiones que entregaban mercadería al céntrico mercado de San Camilo, el principal de Arequipa.

El Max Uhle era —y sigue siendo— un colegio laico y mixto que cuenta con el respaldo del gobierno federal alemán. Fue promovido y fundado por el señor Ernesto von Wedemeyer, dueño de la Cervecería Arequipeña. El señor Wedemeyer, de amplias simpatías y trato democrático al mismo tiempo, formaba parte de una familia de la nobleza teutona, con castillo incluido en la remota Alemania. Había retornado al Perú a recuperar la propiedad de la cervecería de su familia perdida por los efectos colaterales de la declaratoria de guerra que el Perú le hizo a Alemania, y quería educar a sus hijos como alemanes. Se trataba evidentemente de un colegio «para gringuitos», al que se sumaban los hijos de cierta pituquería más bien clasemediera de arequipeños algo menos identificados con los típicos patrones católicos tradicionales de esa sociedad. Es decir, los hijos de familias que no querían que sus vástagos estuvieran en colegios de «curas», pero tampoco en colegios estatales. Es bueno tener presente que por entonces los colegios mixtos en el país eran poquísimos y se les veía con mucho recelo, pues ese experimento de juntar niños y niñas no correspondía a los modelos educativos en boga. Más aún si a esa característica se sumaba que fuera laico en una época en la que varios colegios religiosos acostumbraban la misa diaria para iniciar la jornada escolar.

Por eso, ser un alumno del colegio Max Uhle resultaba algo extravagante, como ese idioma tan raro y poco común que los niños aprendían y que también hoy es incomprensible para la gran mayoría de peruanos. Extravagancia a la que le sacábamos la vuelta, ya que los chicos y chicas del colegio podíamos utilizar un idioma secreto que, casi con certeza, no iba a ser comprendido por nadie que no fuera alumno del Max Uhle. Además, esto se convertía en una ventaja en diversos escenarios: hablarse entre los hermanos sin que los padres entendieran, o dejar boquiabiertos a quienes se preciaban de poder comunicarse con extranjeros y de pronto descubrían esta otra lengua ignota.

Los alumnos de otros colegios se burlaban de nosotros señalando al águila dibujada en el escudo que llevaba el uniforme, rotulándonos como los «del colegio de los gallinazos». A buen entendedor, el de los basureros. En algunos casos, esta chacota venía acompañada de un cantito burlón cargado de connotación local: «...del colegio alemán, come pan en la punta del volcán». Es decir, éramos víctimas estoicas del «chiste alemán».

En otras ocasiones, pintaban con tiza esvásticas o cruces gamadas, representaciones que tenían una enorme connotación negativa y estaban absolutamente prohibidas en el colegio. No solo por su referencia al nazismo, sino sobre todo porque nuestros profesores alemanes vivían entonces el trauma de la guerra: eran los sobrevivientes del ejército derrotado. Uno de ellos había estado en el frente ruso, donde cayó herido y por eso había sobrevivido; de lo contrario —nos contaba— hubiera muerto congelado como le pasó a toda su división. Otro estuvo en el famoso desembarco de Normandía, el día D, pero como soldado en una caserna alemana. Nuestro profesor de inglés —que era quien mejor llevaba auestas esas experiencias de su temprana juventud— se preciaba de haber sido espía en Inglaterra sin ser detectado gracias a su excelente pronunciación británica.

Por cierto, esta peculiaridad de nuestros maestros hacía sumamente interesante lo poco que sabíamos de ellos, comparado con las historias de curas fascistas españoles o jesuitas de Chicago de los colegios de algunos amigos o primos.

En 1961, el colegio no llegaba a 250 alumnos y los veinte integrantes de lo que sería la primera promoción recién estábamos en primer año de secundaria. Era un colegio chico, hecho que tenía sus ventajas y desventajas. Por ejemplo, no desfilamos junto a los otros colegios por Fiestas Patrias ni por el día de Arequipa. Supongo que en ese asunto concurrían varios elementos: como se trataba de un colegio mixto, ¿con quiénes íbamos a desfilamos y competir? ¿Con los colegios de varones o los de mujeres? Además, a los alemanes esos actos marciales los tenían bastante erizados como para hacer que sus alumnos marchen. Y así, mientras otros colegios se distinguían por tener bandas militares de música, en el nuestro se cultivaba el canto coral y la música con instrumentos de orquesta clásica, filarmónica, que se interpretaban en veladas y clausuras escolares.

Otra cosa interesante del colegio alemán es que fuimos los primeros en viajar en Kombi, un vehículo compacto, funcional y novedoso, único en realidad por aquella época. Me refiero a la camioneta del colegio, la famosa Volkswagen Kombi, la movilidad escolar que luego sería muy famosa también porque llegó a ser parte de la cultura *hippie* en los Estados Unidos de la década de 1960, mientras otros colegios tenían grandes buses que por entonces se llamaban «góndolas». En realidad, este asunto de la camioneta, visto a la distancia de los años, fue una expresión rodante de la tecnología y la ciencia alemana, las que, unos más y otros menos en el colegio, nos preciábamos de poseer como una diferencia cualitativa respecto de quienes recibieron otro tipo de educación. La física, la química, la biología y las ciencias naturales estuvieron más cerca de nosotros que de los alumnos de los demás colegios. Y la preocupación por conocer el Perú encontraba una razón adicional al saber que personajes como Von Humboldt, Weberbauer, Middendorf y María Reiche, además, claro, del propio Max Uhle, hubieran venido desde tan lejos para estudiar durante años nuestro país como el clásico y mejor conocido Raimondi. Es decir, el Perú debía ser verdaderamente interesante e importante no solo por el virreinato, la república y nuestros antepasados, sino por lo que tenía dentro de sus fronteras como cultura, sociedad, geografía, fauna y flora.

Los alemanes nos hicieron ver Arequipa, el país y hasta el mundo con otros ojos haciéndonos sentir muy peruanos, pero también preocupados por la guerra fría y el muro de Berlín. Otto y Fritz, sí, pero con una *Weltanschauung* que ponía altamente en valor el Perú para nuestras mentes en formación.

1 Sociólogo urbano, profesor universitario y miembro del Programa Urbano de *desco*.

2 Hoy la situación es otra. Desde 1965 hasta 2005 han salido, en 41 promociones, más de 1.200 alumnos y alumnas del colegio. El actual alcalde de la ciudad es ex alumno del Max Uhle.